

MISCELÁNEA

LA TRADICIÓN FOLKLÓRICA EN ALBURQUERQUE

Pueblo tan aferrado a sus tradiciones y costumbres antiguas, no podía dejar de ser importante por lo que respecta a todo lo consuetudinario. Las procesiones, los carnavales, la vida normal y corriente, en todas sus manifestaciones, no podía menos de encontrarse salpicada de todo lo consuetudinario y de manifestaciones folklóricas, que le distinguen de los pueblos de sus contornos, aun contando con la ola devastadora que sobre todo lo antiguo ha borrado, como un ciclón, la mecánica y demás progresos del pasado siglo.

En cuanto a las procesiones, nos queda todavía, para enseñanza y demostración de cuanto decimos, la del Santísimo Corpus Christi, importante, aun en la caricatura de lo que fué, que todavía se conserva.

En los siglos xvi, xvii, y aun en parte del xviii, fueron importantes los gremios de los distintos oficios que se ejercían en Albuquerque, y prueba es todavía la supervivencia de que en la referida procesión aparezcan varias imágenes de los Santos Patronos de sus oficios, como Santiago (1), San Sebastián (2), San Miguel (3), San Pablo (4), San Juan (5) y otros que ya no recuerdo. Unos días antes del Corpus Christi, se reunían las cofradías en la iglesia del Rosario (6) y allí hacían el sorteo entre los hermanos para conocer a cuál correspondía en cada año el honor de alojar en su casa, dos días antes del Corpus, al Santo Patrón de cada oficio, y además se trataba de la mejor orga-

-
- (1) Vaqueros.
 - (2) Arrieros.
 - (3) Molineros.
 - (4) Ermitaños.
 - (5) Hortelanos.
 - (6) Ahora salón de bailes públicos.

nización de la procesión en juntas presididas por el párroco de San Mateo.

El afortunado cofrade a quien la suerte otorgara el beneficio de ser el preferido (Dios da mil por uno), solía echar la casa por la ventana, según sus posibilidades. Dulces caseros se fabricaban en las casas del preferido y en las de sus parientes: piñonate, culebras (así llaman allí a los mazapanes, a que se les da la forma de rosca); flores, fritos de distintas marcas y clases, *rosquillas del gobernador* (1), licores (bebidas) que se fabrican en las casas, etc., etc. Los amigos solían visitar para felicitar al amo de la casa, ya que ello era un grande honor y porque además, según creencia general, si había en la casa alguna doncella casadera, antes de un año se casaba con un mozo del oficio de su padre, y todo era sana alegría en la casa que alojaba al Santo. Música no había de faltar: guitarra y bandurria, en cuyos instrumentos suelen ser hábiles los hijos de Albuquerque.

En cuanto a la procesión, difería poco de las actuales: más recogimiento, más devoción; un día grande, muy grande, el Corpus Christi; no había tarasca, como en Badajoz, ni bailarines, como todavía se puede ver en pueblos de esta región, ni tamboriles, aunque sí el *paso de la granada* (2). Se representaban autos sacramentales en la plaza, ante la iglesia de la Soledad.

Los carnavales, ya desaparecidos de todas partes, no tenían especialización ninguna; músicos, de los que había muchos entre los artesanos y la gente joven de buen humor, se reunían y organizaban sus festejos: hacían sus cantares con motivo de algún hecho de conocimiento popular, siempre con el debido respeto a las personas y con permiso del Corregidor, que algunas veces solía asistir a las reuniones y daba algún sano y prudente consejo. De entre los más típicos, recordamos que, todavía en mis años mozos, se hacían las *ruedas*, porque en tales festejos solían cogerse las parejas de la mano y, colocadas en rueda, cantaban y bailaban sus típicas danzas.

Las casas modestas de los hortelanos, pastores, etc., suelen tener una habitación grande y espaciosa, el zaguán. Allí se reunían los mozos y mozas casaderas: ellas con sus refajos de colorines, de lana de sus majadas, y su *pañuelo de sandía*, pendientes de *sanguijuela* o de *herradura* y su cruz de oro, colgando de hermosa cadena del mismo metal al pecho. No podía faltar en su indumento el adorno en

(1) Allí hubo Gobernador Militar hasta fines del siglo pasado,

(2) Creo que era un auto sacramental.

el pelo hecho moño de esterillas, del propio pelo, el ramo de albahaca, casi siempre regalo del mozo de sus afanes o del pretendiente; ramo que más de una vez fué causa de grandes pependencias, en las que solía salir a relucir la canallesca navaja, arma la más soez y tabernaria que puede inventarse.

Ellos, también con su camisa de hilo, de fabricación casera, bordada, su chaqueta de paño de Alburquerque y de Torrejoncillo después, su calzón de alzapón, con sus botones de muletilla y sus botas vaqueras con caireles que formaban un ruido especial al chocar con el cuero de las botas.

También su ramo de albahaca en la oreja, probablemente regalo de la novia y procedente de la maceta que con mimo cultivaba por sí misma y que colocaba, para ser lucida junto a la de claveles reventones, en el topetón o pilastra de piedra, a los lados de la ventana en que se asomaba para charlar con el galán antes de ser pedida, para *pelar la pava*, pues cuando estaba pedida en matrimonio se permitía menor distancia entre los futuros cónyuges. Pero todavía no hemos dicho lo que eran las ruedas: Cogidos de la mano hombre y mujer, en rigurosa alternativa, formaban la rueda o corro, como todavía hacen los niños por los paseos, y así cantaban el «Corregidor y la molinera», «el cebollinero» y otras cosas de color un tanto subido. Las canciones tenían un estribillo que terminaban con el de «Que dín, que dón, dón, dón», y al decir esto, vueltas de espaldas las parejas y dobladas por la cintura, se daban grandes golpes o culazos, lo que, aunque parezca pecaminoso, estaba atenuado por la presencia de las madres, que presidían la reunión sentadas en grandes sillones de hondón de bayón o de juncias, fabricados por ellas mismas cuando quehaceres más importantes lo permitían o no apremiaban.

La Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo era también fiesta que se celebraba con entusiasmo. Al terminar los santos oficios del Sábado Santo, cuando las campanas se echaban a vuelo, una nube de muchachos, con grandes cencerros, campanillos y esquilas, se echaban a la calle, saltando y brincando, para así festejar tan fausto acontecimiento. Mientras los chicuelos recorrían las calles del pueblo atronando el espacio con sus gritos y el ruido de los campanillos, los mozos ya mayores disparaban sus escopetas, cargadas sólo con pólvora y algunos tacos, a la cuerda enhebrada que tendían de unas ventanas a las de las casas de enfrente y que estaban ensartadas de cascarones de huevo, que habían colocado las mocitas con paciencia, de los consumidos durante unos días antes. Pero esta costumbre

de los tiros a las hileras de cascarones de huevos desapareció con motivo de una desgracia ocurrida a una joven muy agraciada que tuvo la mala suerte de asomarse a la ventana cuando disparaban, lo que causó su ceguera para toda su vida.

Hubo en años que allá van una ermita, llamada de Nuestra Señora de la Zarza, cuya fiesta se celebraba el último día de la Pascua de Resurrección, y para festejar aquella fecha de Nuestra Señora de la Zarza, de la que ya no queda ni la imagen ni restos de la ermita, aunque se conoce el sitio en que estuvo emplazada, para festejarla, decimos, se fabricaban en las casas unos bollos muy ricos, costumbre que todavía subsiste. En ese día, principios de la primavera, se pasaba uno de campo, de honestas distracciones. Desapareció la ermita con motivo de las guerras de Portugal, por causas que constan en mi *Historia de Alburquerque*.

Lo consuetudinario tuvo siempre en Alburquerque hondas raíces. La célebre *medida de Alburquerque*, de la que queda el recuerdo por sus desmesuradas dimensiones, símbolo de la abundancia de que allí se hacía gala. Todo allí ha sido arcaico y ancestral. Hasta el *Derecho* tiene su mejor representación en el «Fuero del Baylío», del que nos habla con tanta competencia y extensión D. Teófilo Borrallo, ilustrado Registrador de la Propiedad que fué de Badajoz, con cuyo trato y amistad tanto nos hubimos de honrar, así como con la de su ilustre prologuista D. Román Gómez Villafranca, autor de aquel monumento histórico a la epopeya de nuestra independencia que titula *Extremadura en la Guerra de la Independencia*, que, sin ser extremeño de nacimiento, supo merecerlo con su citado libro, que tanto enaltece a la región. Deuda que, como tantas otras, todavía no ha saldado Badajoz con aquel hombre modesto y sabio, que, de no haber obtenido el premio de la Academia de la Historia, tan grave quebranto hubiera padecido su peculio particular de hombre trabajador. Don José López Prudencio, que lo conoció y lo trató, sabe cuánta es la verdad de estas manifestaciones. Desde el puesto destacado que por sus merecimientos ha obtenido de Cronista oficial de la ciudad y, por tanto, miembro de la Comisión municipal de Ornato, puede hacer que tal olvido y tal injusticia se reparen. Don Román, como le decíamos sus satélites, yo me honro en proclamar que lo fuí, tiene derecho, muy bien ganado, a que su nombre figure en azulejos en una calle de este Badajoz, que tanto enalteció y tanto le debe.